

LETRAS

HISTORIAS MEDICAS

Por JAIME MEJIA MEJIA

EL BOTICARIO

"Las costumbres grotescas y los oficios"
por Nicolás de Larmessin, siglo XVII



Las oficinas de Practicantes fueron las agrupaciones de estudiantes de medicina de último año, creadas con el doble objeto de servir de enlace entre la enfermedad domiciliaria y el médico de cabecera, al mismo tiempo que ir acostumbrando a los médicos noveles al modo de tratar la clientela de calidad. Dichas oficinas tenían, a más del personal preparado y listo para servir, instrumental, más o menos completo, para las intervenciones de urgencia, a más de inyectables analgésicos, tonicardíacos y hemostáticos. La utilidad innegable de estos centros empezó a perturbarse por el espíritu fiestero y bohemio que se desarrolló en Bogotá, después de Núñez, y que encontró en el estudiantado de medicina su mejor medio de cultivo. Nosotros, unos cuantos, tachados de "tontos graves", fundamos en el 89 "La Pequeña Cirugía", una especie de pequeña orden monástica médica, con el juramento de no dejar penetrar el humorismo en el ejercicio de nuestras funciones. Esta sociedad tenía una organización militar y fuertes penas para el que no cumpliera los estatutos. Se componía de seis miembros que se iban reemplazando cada vez que se graduaba uno de los socios. Braulio Mejía, Pablo Borrero, Manuel Narciso Lobo, Rafael María Posada, Mauro Giraldo y, el que esto escribe, fuimos los sacerdotes de esta nueva cofradía. Y, en verdad que dio resultado. Nuestra tonta gravedad alcanzó a inspirar confianza entre el público y los profesores. La sociedad distinguida llamaba a "La Pequeña Cirugía" para que asistiéramos a sus enfermos, bajo el cuidado de los médicos de cabecera. De este modo, los socios de nuestra oficina, no sólo gozábamos de atenciones sociales, sino que hacíamos práctica con los mejores médicos y, en presencia de los casos más interesantes, recibíamos, además, honorarios discretos, que iban a la caja de la institución para progreso de la oficina en general y de los socios en particular.

Tan buen nombre tomó nuestra organización, que se nos autorizó, por una Junta de Higiene, para que pudiéramos recetar a los indigentes, durante las epidemias de gripe, tifo exantemático, sarampión y tifoidea que, durante esos años azotaron a la capital. La epidemia de sarampión del año 90 produjo una mortalidad tan grande que, se hicieron pocos los médicos y enterradores para dar abasto. Las complicaciones pulmonares de esta enfermedad, en un medio tan sucio, tan viciado y tan frío como el de Bogotá, fatalmente tenían que producir esa mortalidad. Los miembros de la "Pequeña Cirugía" nos multiplicamos para hacer de médicos, consejeros y de Hermanas de la Caridad.

Durante esos años tuve yo la suerte de ser nombrado, además, practicante de la sala de hombres del Dr. Josué Gómez, junto con mi compañero Manuel Narciso Lobo en la de mujeres. Y digo, la suerte, porque esta designación la hacía el Profesor, por su cuenta y riesgo, pues no permitía que se sirvieran esas ayudantías por concurso, método que él consideraba muy mixtificable por la influencia de la buena presencia, buena letra y buena dicción de un candidato, que podría no tener la obediencia médica y el espíritu de trabajo que él necesitaba. El puesto era muy ambicionado por el nombre que daba y los conocimientos que traía, aunque era durísimo de desempeñar porque, el doctor Gómez era exigente y sumamente minucioso. Sólo se le podía dar gusto concretándose completamente a la sala. Para nosotros no había día festivo ni vacaciones, si se tiene en cuenta que, el tiempo que no nos ocupaba la sala, lo teníamos que dedicar al turno de la "Pequeña Cirugía". La verdadera distracción social que teníamos con Lobo, era el visitarnos mutuamente de sala a sala para consultarnos nuestros problemas. Mientras tanto, el panorama bogotano se había cambiado.

Entre los 30 ó 40 compañeros restantes, que llegaron hasta el último año, con nosotros, había muchos, que habíamos encontrado en el curso de la carrera y que solo lograban pasar cada materia, después de una a dos repeticiones, o por "cansancio de la comisión", —como decía el profesor de Terapéutica, el doctor Lombana Barreneche— y aún llegó a agregar, cuando se le preguntó la razón de esa paradoja: —"Dejo pasar este muchacho, por fatiga de la comisión y por no soportarlo un año más en mi clase".

Naturalmente que había algunos de esos estudiantes crónicos que no ganaban sus cursos porque no les ayudaban sus capacidades intelectuales; pero había otros que, a pesar de su gran talento, no ganaban sino muy lentamente los años de la carrera, por su espíritu bohemio y su tren de fiestas. Eran "compañeros de la noche" con los poetas de barrio, que celebraban sus tenidas con aguardiente y versos, hasta las primeras horas de la mañana, en que remataban sus juergas con serenatas, con o sin instrumentos, ante las rejas de sus dulcineas.

El ambiente de Bogotá había virado del rojo político al rosado poético y al crespón romántico. Sin dejar la forma oscura de vestir, empezaron a aparecer las grandes melenas de los hombres, que estaban en proporción, en desarrollo, con la capacidad artística de sus dueños. La poesía epigramática desapareció con Núñez para ser reemplazada por las profundas y dramáticas de Pombo como su "Hora de tinieblas" y, otras menos "sanctas", que circulaban de mano en mano, sin aparecer en los periódicos; por los cantos ingenuos de Epifanio Mejía; por la paisajista de Diego Fallon; la terrígena de Gutiérrez González; la picante del "alacrán" Posada; la poemática de Julio Arboleda y con especialidad, la del decadente juvenil, recientemente llegado de Europa y portador de la lírica francesa, el astro del momento: José Asunción Silva. Se formaron cenáculos, en donde se hacía verdadera gimnasia poética y, aún había reuniones, regadas con buenos vinos y anisados, en las que era absolutamente prohibido hablar en prosa y tomar agua. Era el despertar de los nervios, encadenados tanto tiempo a pensar en la muerte y en el camino de la salvación eterna que querían, con toda esa hiperestesia, recuperar la parte del banquete epicureísta que nos corresponde mientras tenemos ojos, boca y oídos. Era el espectáculo máximo y permanente que, unido a los estímulos del alcohol y de la música, —que adornaban las composiciones poéticas de mayor sentimiento—, hicieron de Bogotá hasta el año 99, un centro delicioso e intelectual, pero disipado y superficial, que envolvía en sus redes de seda a los estudiantes y, más aún, a los de medicina y los alejaba frecuentemente de la carrera.

Casi todos los días se comentaba en los corrillos del hospital, el cuento del día, con los despropósitos de estos médicos en cierne, con eterna cuerda de fiesta. De uno de ellos, que vivía en media anestesia, se contaba que, llamado cuando estaba de turno, en su oficina de practicantes, por el ataque nervioso de una señora viuda, se presentó ante la enferma con una botella de mixtela en su maletín, y, después de hacer toda la faramalla de examen y darse cuenta de que se trataba de un ataque histeroide, hizo retirar a su empleada para hacer un examen más minucioso. Hizo tomar

en seguida, a la enferma, varios tragos del “cordial mixteloso”, del que él también participaba. Le propinó enérgicos masajes para “volverle la circulación” y a continuación se acostó con ella para terminar el tratamiento. Al día siguiente, después de un exquisito desayuno bien trancado, le pasó a su “compañera de la noche” la cuenta detallada de los honorarios de la Oficina y que le fueron cancelados religiosamente.

De otro, que también fue llamado a su oficina, estando bastante achispado, se encontró, no ya con una paciente de la calidad de la anterior, sino con una señora de edad, muy robusta, que se quejaba de un síndrome disenteriforme. La paciente estaba hecha un tres, por las punzadas abdominales y entonces, nuestro compañero, para proceder con más delicadeza sacó de su maletín el estetoscopio, se lo colocó en la parte terminal del tubo digestivo y, después de escuchar con detenimiento unos minutos, se irguió de pronto y le dijo muy serio:

—Señora, ¡por Dios!, lo que usted tiene es una parasitosis intestinal. No se imagina usted la discusión que tienen todos esos miles de bichos en su tubo digestivo. ¡Parece la plaza de mercado! No le queda más remedio que tomar ipeca, ipeca e ipeca! Y le dejó papellillos con ipeca y opio.

Este cuento de la ipeca, en ese cerebro alcoholizado, no era otra cosa que lo que había logrado grabar en él, a fuerza de repetirlo, el estribillo del doctor Josué Gómez quien, en todos los cuadros oscuros que no se podían encuadrar en un síndrome digestivo clásico, pero que alguna vez daba antecedentes gastrálgicos, o que tenía actualmente sensibilidad hepática anormal, gorgoteo del colon y sensibilidad dolorosa a presión en los ángulos cólicos; después de que el alumno había enumerado las posibilidades diagnósticas, el Profesor preguntaba: —¿Qué terapéutica aconsejaría usted a este paciente, entonces? Y si el alumno aconsejaba, por ejemplo, colagogos y eupépticos, Gómez exclamaba indefectiblemente:

—“No ha acertado usted, a este enfermo hay que darle el tratamiento de prueba que yo les he aconsejado en estos casos: ipeca, ipeca e ipeca”.



EL CIRUJANO “Las costumbres grotescas y los oficios”
por Nicolás de Larmessin, siglo XVII

En un caso especial, —que fue muy comentado y que nadie pudo olvidar—, el estudiante se encontró ante un paciente icterico con hepatomegalia (hígado grande), gran sensibilidad del órgano a la palpación y movimiento febril y llegó al diagnóstico de hepatitis aguda. Entonces intervino el Profesor:

—Bien. ¿Y a ese caso qué tratamiento le prescribiría usted? El estudiante repuso: —Yo prescribiría calomelanos, alternado de vez en cuando con sulfatos de magnesia y sodio.

—No señor, está muy equivocado. Estoy seguro que con sus drogas se le supura el hígado de este enfermo. Dígame una cosa amigo: ¿Conoce usted mi coche de visitas?

—Sí señor, respondió el alumno.

—¿Ha visto mi casa del centro de la ciudad?

—Sí, doctor, una bella casa.

—¿Y ha oído hablar o conoce mi finca de veraneo en Juntas de Apulo y el lindo ganado que allí tengo?

—Sí señor, la conozco y la he admirado de paso para Bogotá.

—¿Y no sabe usted con qué he comprado y construído todo eso?

—No doctor, no me lo imagino, aunque tampoco sé a qué viene ese interrogatorio.

—Pues, todo eso lo he comprado con ipecacuana, o mejor dicho, recetando ipecacuana. Pero lo más interesante del cuento es que la gente a quien le he recetado esta humilde droga, se ha curado perfectamente de sinnúmero de dolencias, me ha pagado mis honorarios y me saluda en la calle agradecidamente. Conque: déle a ese paciente ipeca, ipeca e ipeca y lo curará sin lugar a dudas.

Se le administró ipeca al paciente y, a los pocos días, estaba sano.

El doctor Gómez recurría a estos recursos gráficos para grabar sus ideas —aún las que parecían más estereotipadas— en el cerebro de sus discípulos.

Otro enfermo de esa clase llegó a la sala, estando nosotros de servicio. Se trataba de un paciente de color de cera, emaciado hasta lo inverosímil, de un pasado disentérico crónico y, con un abultamiento hepático que podría notarse por encima de las frazadas. Se trataba, esta vez, de una hepatitis supurada franca que pedía a gritos intervención quirúrgica por ancha incisión. Con desagrado, para mí, el profesor prescribió ipeca sin hablar de cirugía.

Nosotros, todos los que nos creíamos conocedores de la materia, apostamos a que, este caso especial, no se curaba con semejante tratamiento, dada la caquexia de este paciente y su intolerancia gástrica, que no podría soportar por muchos días semejante "tour de force". Sin embargo, para evitar el vómito, la ipeca se le suministraba fraccionada en papelillos de 0,15, con igual cantidad de polvos de opio, cada 4 horas. Seguí con el mayor cuidado la evolución del caso y, contra lo esperado, el hígado fue reduciéndose a ojos vistas, al mismo tiempo que regresaban todos los síntomas de la enfermedad; apareció el apetito y el interés por el medio que lo rodeaba y, al cabo de mes y medio, fue dado de alta, con varios kilos de más, y aspecto saludable.

Y Gómez nos dijo:

Si hubiera mandado este enfermo a quirúrgica,

con el cloroformo y las maniobras de evacuación, seguramente habría fallado el resto de tejido hepático que quedaba sosteniendo esa vida, y yo, tenía especial interés en que ustedes pudieran ver los milagros de la ipeca.

En ese tiempo no se conocía la emetina inyectable y solo teníamos referencia de ella en la clase de Terapéutica. Y, aún después de conocerla, se dudó mucho tiempo, en su uso, por el temor a su acción emetizante (vomitiva), por su nombre, precisamente. Solo, con el tiempo, se vino a saber que el principio emetizante de la ipeca era la cefalina y no el otro alcaloide que, sin embargo, quedó con el nombre primitivo de una propiedad que no posee. Mientras tanto, la ipeca en papelillos y en tintura, seguía haciendo milagros en las manos de nuestro profesor de clínica médica. En los casos de maláricos crónicos, Gómez recetaba, indistintamente, quinina o ipeca y, las mejorías eran similares y, cuando alternaba en un mismo palúdico los dos específicos, las mejorías eran brillantes; en todos los casos de colitis, aguda o crónica, se recetaba ipeca con una mejoría innegable y constante. En los bronquíticos tenaces la ipeca era su salvación. En las hepatitis banales, en las colecistitis, en las gastralgias de repetición, en los reumatismos afebriles y aún, en las afecciones dermatológicas rebeldes, la panacea innegable era, la llamada "humilde droga", la servicial ipeca.

Cuando interrogábamos al Profesor, en varias ocasiones, sobre la razón de prescribir esa misma sustancia en tan variadas afecciones y sobre el común denominador etiológico que pudieran tener, nos contestaba indefectiblemente:

—Son parasitosis intestinales ocultas que, si bien, pudieran no ser la causa directa de la enfermedad que se trata; por lo menos, la exacerban y, entonces, al destruir o al calmar esas floras patógenas del tubo digestivo, quedan libres las defensas del organismo para ir a actuar en otro frente. Y la ipecacuana es específica en la destrucción o paralización de las parasitosis intestinales.

Hay que darse cuenta de que el conocimiento de las amebas histolítica y coli, lo mismo que las lamblías, tricocéfalos y anquilostomos nos eran, punto menos que desconocidos en esa

época, y por eso mismo, era más admirable la capacidad de observación y de razonamiento deductivo del Profesor Gómez, al sentar esas tesis que solamente, muchos años después, logramos corroborar en el trato con la clientela particular. Con razón decía que su fortuna se había hecho con ipecacuana y, con razón también, nuestro compañero tronera, aquel que fue llamado a su oficina de practicantes bohemios, había prescrito “ipeca e ipeca” a su paciente relámpago, auscultada en esa forma tan original, pero que dicho sea de paso, también se curó en una forma notablemente rápida, aunque no fuera cierto que las manifestaciones multitudinarias de sus amebas se pudieran escuchar con un estetoscopio.

* * * *

Había entre los compañeros de vida festiva, verdaderos líderes de la vida airada, que tenían su reina simbólica en una linda muchacha de esa misma calidad, cuyo nombre de guerra era la “Matutina” y que los acompañaba, precisamente en los amaneceres, más que todo, por llevarlos a acostar a sus pensiones, entonando en coro las canciones de moda. Había especialmente uno, que era el “decano” de la Facultad, y que no pensaba sino en la vida vegetativa; otro que hablaba a pleno grito, andaba con los brazos abiertos y tenía una colección de chalecos de fantasía con los que se fajaba la panza, en colores diferentes, hasta dos veces por día y, cerrando el trío, había un tercero a quien llamaban sencillamente “el manteco” y era el que dirigía la culinaria y las bebidas de esa plana mayor. Entre ese alegre grupo, para quienes la carrera, era solo una oportunidad para sacarle a la vida la sola nata y, el de nosotros —o sea el de los que tomábamos en serio el aprendizaje del arte de Hipócrates— había una distancia histórica e irreconciliable y, por lo mismo se estableció una verdadera guerra de nervios. Para ellos, nosotros éramos los “cepillos” del profesor, los “desbrevados” —que se rompen la cabeza por parecer inteligentes— o sencillamente, “los tontos graves” —que posan de seriedad sin merecerla. Ellos nos pintaban, en sus cenáculos, como nadando en “las babas de la santidad” y, nosotros, les respondíamos con el relato de sus mismas pintorescas hazañas; ellos nos hacían llamadas falsas en nuestros turnos de oficina, para ver-



EL MEDICO “Las costumbres grotescas y los oficios”
Nicolás de Larmessin, siglo XVII

nos vagar como ánimas con el maletín de urgencia, y nosotros les revirábamos con el arma de la época, el epigrama, la silueta en verso que quedaba indeleble como marca quemadora en novillos flacos.

Así, al “decano” y gozador empedernido, lo describimos en este retrato:

Oleína y margarina
Le pondremos un quintal;
Carne, como al Mariscal,
Y cerebro de gallina.

Arrugas, tiene una mina
De chiste no tiene jota,
Pero sí lleva una cuota
De lustros de Medicina.

Al lugarteniente, de los chalecos multicolores,
gritón y panzudo, le hicimos esta instantánea:

Allá viene a brazo abierto
Nadando en pura oleína,
Resuena más que un concierto
Y truena más que una mina.

Cuando sale a la ciudad
A pasearse por las noches,

Inspira curiosidad
Pues parece tren de coches.
Es curioso, no lo dudo,
Que todavía esté completo
Pues, aunque ya está repleto
De un magnífico “menudo”
Que oculta bajo el chaleco,
Nos recuerda al rey Capeto
Pero con un cerebro mudo.

Y, al gran “Manteco”, que nos había dedicado hasta una canción, en que nos describía “cepillando” a Gómez, le dedicamos este apunte que presentamos así:

Por este grave incidente
Que vamos a relatar,
No le pudimos sacar
Al manteco su retrato:
—Fíjese bien en el foco
Que lo voy a retratar.
Alce la nariz un poco,
Mírese hacia el calcañar.
En este teje-maneje
De subir y de bajar
Llegó el foco a concentrar
Los rayos en el mancebo
Y hubo un incendio de sebo
Que no se pudo apagar.

* * * *

Fuera de esos dos tipos, de vividores y modestos rimadores, había, entre el resto de nuestros compañeros, espíritus selectos y discretos, de gran sensibilidad artística y poética. Entre ellos se destacaba González Camargo, magnífico estudiante y de una capacidad de captación para todo sentimiento delicado que, si no hubiera tenido que rendir tributo a la llamada que les hacen los Dioses a los espíritus selectos, aún antes de recibir su grado, habría sido un poeta de talla continental. Alcanzó a dejar a la posteridad lindas canciones y sentidos poemas, que todos aplaudimos en su tiempo y que recorrieron el país triunfalmente. Entre ellas se destaca la que él llamó: “Anatomía” y que, transcribo, a pesar de ser muy conocida, no solo por la causa que la originó, sino también por la forma en que tuvo que grabarla, indeleblemente, en mi recuerdo.

Un día cualquiera, fue llevada a la morgue,

para su autopsia legal, el cadáver de la “Matutina”, cuya muerte había acaecido, en el cabaret en donde trabajaba, en medio de una trifulca de borrachos que, seguramente, se la disputaban y uno de los cuales, con un procedimiento amoroso muy colombiano, le desgajó el corazón de una certera puñalada. El cadáver de la muchacha, seguramente por la pérdida total de sangre, presentaba una belleza y una blancura tan serenas que no permitía recordar a la hetaira que había sido. Entre sus ojos entreabiertos había humedad de llanto y con la impresión del cuadro, González Camargo, escribió:

En la sala anatómica, desierta,
desnudo y casto, de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus, tendido sobre el ara.

Lánguido apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene a cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
pero hay en ella contracción de frío;
es que al dormir, el cuerpo se estremece
cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
a estudiar aquel cuerpo me preparo,
interrogando la materia muda.

Al cadáver me acerco; en su mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡un cadáver que llora! . . . Mi cuchilla
No tocará su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
tanto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

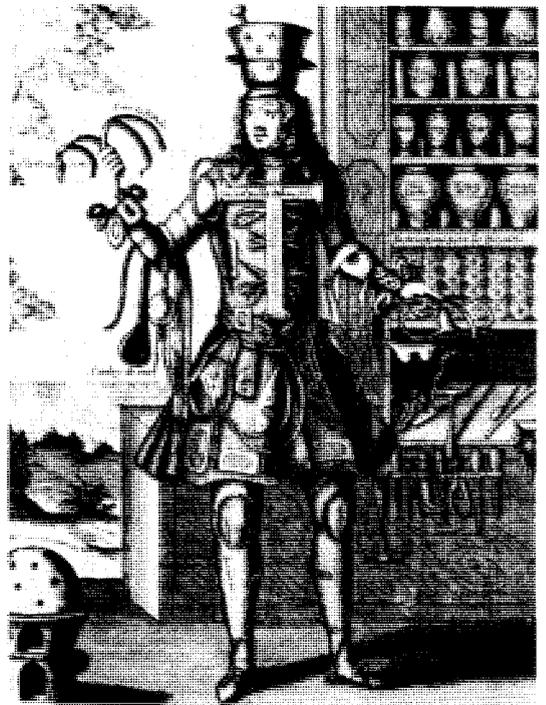
Yo fui el primero a quien González Camargo mostró sus versos, quizás por ser copartícipe de su origen y, quizás también por eso, se me grabaron más que a nadie. Verificada la autopsia de la “virgen”, yo, “que no he sido de la ciencia avaro”, separé la cabeza de la pobre muchacha para preparar su calavera, en forma cuidadosa y articulada y, con su eterna sonrisa de bellos dientes, la he tenido como compañera de mi estudio de médico por más de medio siglo.

Pasado algún tiempo, fui llamado un día, nada menos que por Josué Gómez en persona, que quería poner en mis manos, como practicante de la Pequeña Cirugía, el cuidado de una aristocrática paciente, hermana del poeta de los Nocturnos y de las Gotas Amargas, la señorita Doña Elvira Silva.

El caso era el siguiente: la señorita Silva, enamorada de lo bello, como su hermano José Asunción, dio en levantarse de amanecida, para presenciar la salida de Venus, el lucero del alba que, por aquel tiempo, tenía su mayor crecimiento y brillantéz por aproximación a la tierra. Con las heladas mañanas de la sabana había caído en cama, como víctima de un fuerte estado catarral por enfriamiento, pero, como rápidamente su estado se fue agravando y tomó el carácter de una enfermedad infecciosa general, que tenía más aspecto de cuadro tifoideo que respiratorio, su médico, había diagnosticado: tifoidea. Pero, en vista también, de que al pasar los días no aparecían los otros síntomas propios de una afección intestinal, el mismo médico había sugerido que se llamara al Profesor para aclarar el diagnóstico. Gómez se hizo cargo de la enferma y exigió la presencia permanente de practicantes de la Pequeña Cirugía, por la gravedad del caso y por la calidad de la paciente, que era querida y admirada por quien la conocía.

En presencia de la preciosa enferma, que más parecía una estatua de marfil, por el color, la quietud y el estado soporoso, el Profesor Gómez me presentó el cuadro así:

—Estamos en presencia de una neumonía del vértice del pulmón derecho, en un terreno, aunque muy hermoso, muy debilitado, por el tipo de vida de invernadero que ha llevado. Esta no es una neumonía del tipo de las que les he presentado en el hospital, con dolor de



EL CIRUJANO HERNIARIO “Las costumbres grotescas y los oficios” por Nicolás de Larmessin, siglo XVII

costado, escalofríos, grandes temperaturas, enrojecimiento de la cara y disnea; con percusión y auscultación positivas, en zonas de matices, con soplo tubario y estertores. Esta es una neumonía que evoluciona silenciosamente, pero con mayor morbosidad, porque es propia de los seres frágiles: niños, ancianos, alcohólicos y anemizados por cualquier causa. Mejor dicho aún, la neumonía del vértice solo se presenta en este tipo de personas; en el resto de la humanidad, con mayores defensas, la enfermedad toma otro lóbulo pulmonar y evoluciona como el cuadro clásico. El colega anterior no encontró síntomas respiratorios, porque no auscultó la cima de la axila y se inclinó al diagnóstico de tifoidea, con tan mala fortuna que, sometió a la paciente al régimen de hambre que se acostumbra en esta enfermedad y, por falta de alimento ha caído en el estado de adinamia que usted puede ver. Prescribió el tratamiento y nos dejó en poder de la preciosa enferma. El programa era de inyectar estricnina a dosis crecientes para combatir la adinamia; suero normal para estimular la eliminación renal; tonicardíacos en caso de desfallecimiento y una alimentación de gran poder energético y fácil administra-

ción. Seguimos al pie de la letra lo prescrito y, en los primeros días, pareció que nuestros desvelos iban a ser coronados de éxito. La enferma abrió los ojos, empezó a interesarse por el medio y por la alimentación, especialmente por las bebidas refrescantes. Pero, de pronto, se instaló una taquicardia progresiva, que no pudo ser combatida con los medios de entonces —envolturas frescas, láudano y cloral— y el

corazón de la bella Elvira Silva cesó de latir hacia las primeras horas de la mañana.

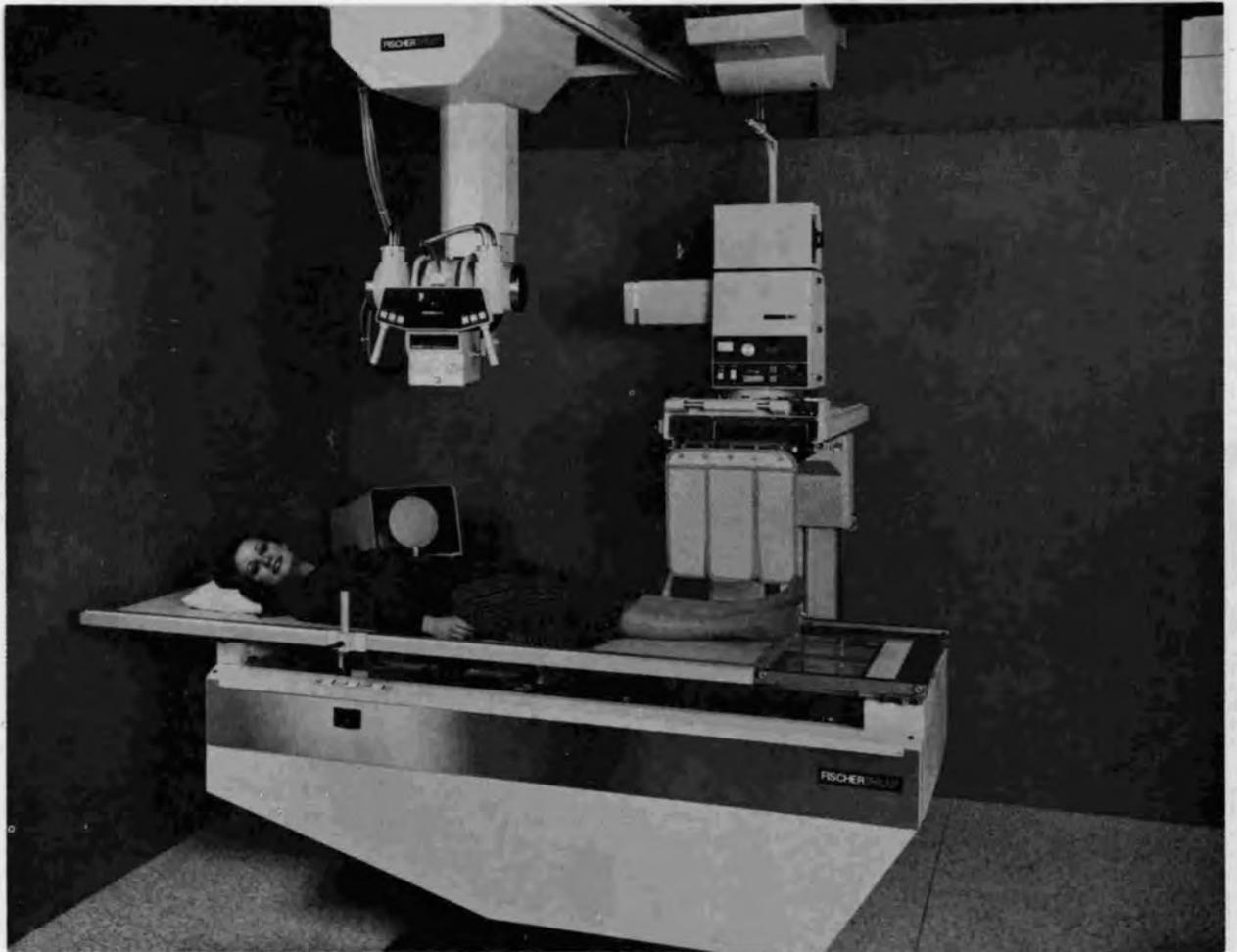
Cuando abandonamos la casa de la niña de las “mortuorias sábanas”, íbamos recitando in mente los versos de González Camargo que, en este caso, sí habrían tenido un auténtico sentido; y, en tanto, en el horizonte del amanecer, brillaba como nunca el culpable inocente de este gran dolor, el planeta Venus.

El doctor Jaime Mejía Mejía nació en Salamina, Caldas, en 1861. Sus estudios superiores los inició en la ciudad de Medellín, bajo la tutoría espiritual del doctor Manuel Uribe Angel. En Bogotá adelantó sus estudios de medicina. Gran parte de de sus *Historias Médicas* se desarrolla en la capital de Colombia. De esa época y de ese libro, hemos extractado el capítulo que reproduce esta revista. Narración vívida y emocionante totalmente desconocida. El doctor Mejía pertenecía por estilo y por temperamento al grupo de los costumbristas que a mediados del siglo pasado se habían agrupado en torno a la escuela literaria representada en “El Mosaico” presidido por Vergara y Vergara. En este estilo realista del doctor Mejía, es donde se vislumbra su gran perfil de observador de la naturaleza y de los hechos, su gran poder descriptivo que capta detalles y explica fenómenos, en fin, su inteligencia directa, modalidad a la cual permaneció fiel, contrariamente de Gutiérrez González y Epifanio Mejía, que no obstante pertenecer a la misma escuela, en más de una ocasión fueron seducidos al campo del romanticismo. Murió el doctor Mejía, en Salamina, en 1953, ya cumplidos los 92 años. Fue miembro de la Academia de Medicina de Antioquia. Diputado a la Asamblea de Caldas. Representante al Congreso. Condecorado con la Cruz de Boyacá. Premiado dos veces en concurso de Anatomía Patológica, patrocinados por la Academia Nacional de Medicina, y laureado en los Juegos Florales de su ciudad en 1919.



*Santafé de Bogotá
Ilustración de Utrillo
para la edición de Poesías
de José Asunción Silva, de MCMVIII.*

FISCHER X-RAY



PARAMEDICOS LTDA.

SUMINISTROS Y SERVICIOS PARA EL MEDICO Y EL HOSPITAL

Diag. 15A Sur No. 12A-29 Tels. 272-1303 - 272-1204 -278-7426

Apdo. - Aéreo 3346 - Bogotá Colombia

ULTRASONIDO

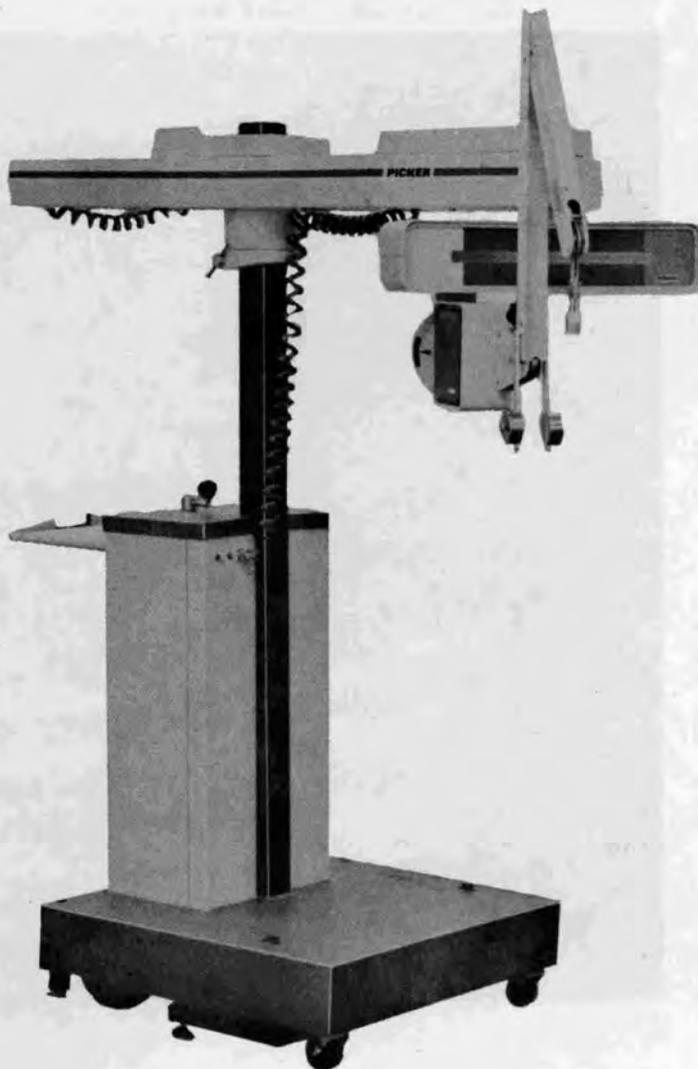
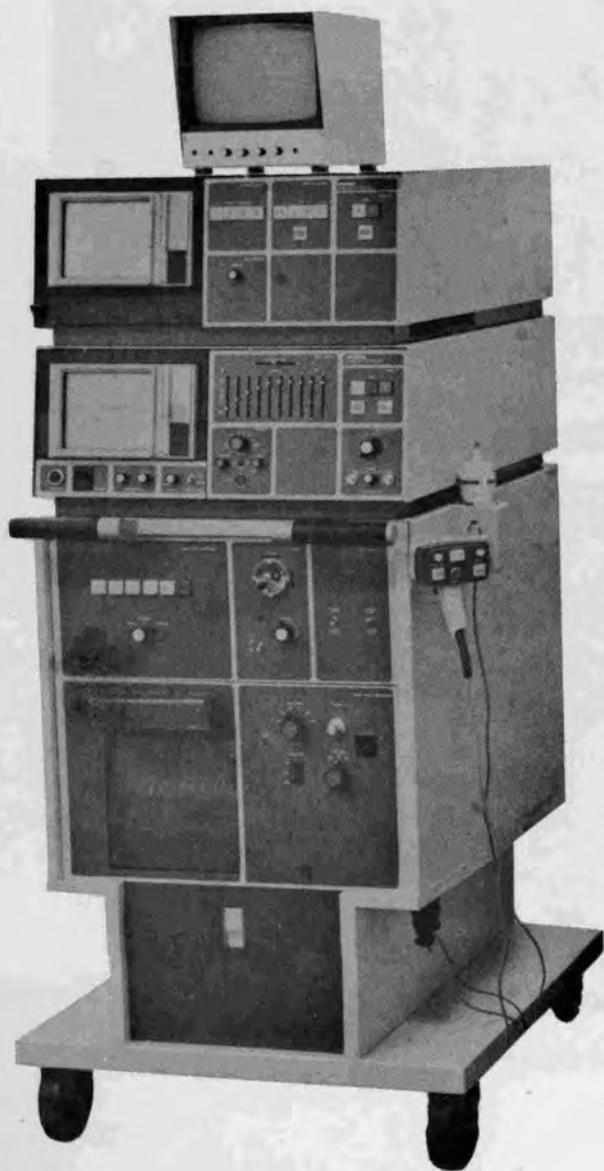
PICKER

Ecocardiógrafo BOC

Visualizador Cardíaco BOC

Visualizador Digital BOLDI

Escanógrafo Lineal



ALVARO CEBALLOS & CIA LTDA

a.aéreo 15880 cables "ceballos" bogota.
telefonos 2765149-2765167-2765184